

LUIS ENRIQUE BRACAMONTES

Con la construcción de Ciudad Universitaria el país descubrió su aptitud para enfrentar grandes desafíos urbanísticos. Se reconoció que había capacidad constructora. Esto fue un gran logro para la ingeniería y la arquitectura mexicanas. Por las dimensiones de la obra, por el plazo tan breve en que fue realizada y por la cantidad de recursos humanos que involucró, no creo que haya habido otra obra similar. Ciudad Universitaria era además un anhelo de toda mi generación y de las que la precedieron. No era posible que la Universidad Nacional estuviera tan mal instalada. En el caso de la Escuela Nacional de Ingeniería, que tenía como sede el Palacio de Minería, las condiciones para la enseñanza y la formación de los alumnos no eran las mejores. Había hacinamiento, no había laboratorios ni una buena biblioteca y las instalaciones deportivas se reducían a una alberca y un par de canastas de basquetbol ubicadas en el patio principal.

Fue una obra proyectada hacia el futuro. En 1952, durante la última inspección que el presidente Miguel Alemán hizo de las obras, yo fui el encargado de acompañarlo durante el recorrido. Recuerdo su emoción al entrar a los salones de la Facultad de Derecho, su *alma mater*. Subimos también a la azotea de la Torre de Ciencias, y me dijo: "Oiga, ingeniero, creo que sí hubo algo en lo que nos equivocamos. Creo que se nos pasó la mano con los estacionamientos". Y la verdad es que desde esa altura el espacio destinado a los automóviles parecía excesivo. Algunos críticos incluso llegaron a llamar *elefante blanco* a Ciudad Universitaria, pero no entendían que había una visión de futuro. Ahora me sorprende ver que el futuro nos alcanzó y esos estacionamientos que parecían inmensos son ya insuficientes.

